Conversación imposible

María del Carmen Santiago

Capítulo 1

Podredumbre. Caos.

Me pregunto hace cuántos años me desprendí del hábito de cambiarme los vendajes.

Y míralas ahora, a las heridas, infectadas y supurantes; y mírala ahora, a mi enfermedad, terminal.

Maraña. Qué hay dentro de mi sino pensamientos enmarañados, sino caos de distintas naturalezas enredados, compenetrados para ensañarse con mi locura y arrastrar hacia ella a todo lo que me rodea y a todos aquellos que se han atrevido a caminar a mi lado.

Pero, al fin y al cabo, ¿acaso no se cuentan con la mano las personas que verdaderamente se acordaron de cambiarse los vendajes con constancia a lo largo de la Historia? ¿Y acaso no hay quienes nos tratan de engañar, vendiéndose a la sociedad como piezas enteras y en buen estado, ocultando un esqueleto que se afanan en montar y desmontar diariamente cuando piensan que están a solas y nadie les observa? Pero siempre hay alguien espiando, y nunca estos espías son compasivos; y siempre sienten la necesidad de gritar a los cuatro vientos los secretos de quienes se esconden en la oscuridad y el silencio de la noche; y nunca nosotros hacemos oídos sordos, y siempre nos reímos a carcajadas de las desgracias ajenas; precisamente intentando disimular que aquella noche a esa hora, cometíamos el mismo pecado por el que hoy la presa que se halla entre nuestras garras está siendo ajusticiada.

Ocultación, encubrimiento, disimulo…, no creeré en la existencia de adjetivos más intrínsecos de la sociedad que estos, hasta que haya quien de demostrármelo. Y quién podrá hacerlo, si nuestro mundo se ha erigido sobre una base que permanece oculta, temiendo la corrosión y el tener que renunciar a su juego maldito, a levantar la carta que determinará la jornada del desafortunado; a voltear la Tierra para decidir quién resbalará ese día.

Locura, materia prima del ser humano, del polvo con el que fue creado, hábitat natural de quien ocupa la Tierra, sustancia de los sueños y fantasías, de las intimidades y vergüenzas.

¿Qué nos pasa?, me preguntas, me pregunto, te pregunto. ¿A ti, a mi o al mundo?, nos respondemos. De todo, y a la vez absolutamente nada, pues tantos todos acaban por anularse, y cuando todo es todo, termina por ser uniforme, homogéneo y nada se distingue; y caminamos en una llanura, difusa, que semeja natural a la vista, sin baches, sin obstáculos…, porque toda esta planicie es un obstáculo en sí misma; inmensa, interminable,

por eso no conseguimos superarla, y nos quedamos estancados toda una vida. Quizás incluso después de esta sigamos atrapados, como en arenas movedizas.

Miedo, ¿qué es lo que más temes?, me dices. Silencio, eso es lo que más miedo me da. ¿Qué hay más humillante que una pregunta vilmente despreciada, irónicamente esquivada, desdeñosamente ignorada?

Querer, ¿qué es lo que más quieres?, continuas. Lo quiero todo y a la vez quiero nada. Y mis brazos, y mi pecho y mi cuerpo no abarcan todas sus ambiciones. El mundo es tan grande, y sin embargo tan diminuto -te digo- y tan reducido, y tan limitado… ¿Qué hay fuera de mis pensamientos? ¿Acaso me he sumido demasiado en ellos? ¿Acaso estoy encerrada en mi mente? ¿Acaso he cerrado la puerta por dentro? Cuando me topo con la realidad parece que acabo de despertar de un sueño, y esto me apena; así que trato de vivir estando dormida, caminando con los ojos cerrados por el mundo, en el universo paralelo de mi ceguera.

Puede que el ceder a mis impulsos me haga olvidar, me haga pasar página, me haga desprenderme de la obsesión que va creciendo en mi interior, año tras año, día tras día…, a cada segundo. Mis fantasías se engrandecen conforme el tiempo avanza, y la represión de mis sueños e ideas hacen que me obsesione cada vez más. Ha de existir alguna vía de escape, pues, concluyo. ¿Y si me estoy equivocando? Entonces, en el peor de los casos, la obsesión permanecería, mi cabeza daría cada vez más y más rodeos en torno al mismo punto. Claro que esto habría ocurrido también de no haber actuado sin pensar, cosa que últimamente se ha convertido en un hábito del que no estoy orgullosa, mas tampoco puedo decir que me importe.

¿Y qué hay de ser fuerte? Fortaleza…, bien sabes que no soy fuerte. Tiendo a afirmar que me da igual lo que digan, lo que piensen, que no me derrumbo ante opiniones ajenas, y, de hecho, no lo hago. Simplemente me mantengo en pie a duras penas, pero nunca sin dejar de simular una fortaleza de la que no soy dueña. Simular ser fuerte agota mucho más serlo, ¿pero acaso no es ya signo de fortaleza el fingirla?

Siempre tan pesimista, Carmen – añades. No digas siempre, contesto, y yo misma añado: siempre, qué palabra tan hermosa, tan misteriosa, tan inquietante…, tan aterrorizante. La palabra siempre produce temblores, provoca que las miradas se rehúyan, que los cuerpos se incomoden, que las conversaciones se enmudezcan…, que el olor a opresión, a compromiso, a adhesión, a aferramiento se haga insoportable.

Siempre, hubo un tiempo en el que emanabas esperanza, pero ahora nadie te quiere; siempre, antes me hacías tener ganas de vivir, pero ahora me asustas y me agobias; siempre, hubo cuando te esperaba, pero

ahora no te deseo y te repudio de mi boca y de mis pensamientos.

Ya no sé con quién hablas, creo que te has vuelto a ir, ahí dentro, allá donde nadie te puede alcanzar, tal y como hiciste al principio…, nunca estás conmigo Carmen; siempre te vas, no me respondes a lo que te pregunto, te marchas sin avisar y me quedo solo.

Responder, no hay respuestas para todo, y de eso me alegro. Prefiero incertidumbre ante una realidad hiriente.

Cuéntame que te ocurría aquel día en el que te vi con ojos llorosos, cuéntamelo todo, o cuéntatelo a ti misma en alto y yo me enteraré por estar a tu lado, escuchando.

Creí estar bien -comienzo- y de un momento a otro, todo se derrumbó, cayó al vacío, se deshizo el suelo, y me quedé al borde del precipicio. La mente nublada, los ojos en blanco, la vista volcada hacia mis adentros, hacia mis tormentos; la marea de mis pesadillas subiendo, cayendo los demonios en torno a mí; y ausencia de equilibrio, y un solo pie en la tierra, y el otro amenazando con desestabilizarme. Viento retumbante, visiblemente invisible, desatapando todo lo escondido, desvelando mis secretos, mis vergüenzas, todo lo que pensé que estaba a salvo de los ojos del mundo, en un instante, salió a la luz. Pero yo no veía, solo sentía.

Y creí morir, y de un momento a otro, amainó la tormenta, mis demonios regresaron a su hogar, mis pesadillas retornaron al sueño y se hizo la calma. La marea bajó, las olas ya de nuevo inofensivas, el viento se volvió brisa y mis ojos vieron la luz. No había nadie más que yo, y no era feliz ni sentía tristeza; y no echaba nada en falta, y no quería morir.

¿Y qué hay de ahora? Ahora…, ahora he vuelto, estoy contigo, y abrázame, pues no deseo más que protección. Rodéame con tus brazos y sálvame de mi misma. Envuélveme con tus palabras, hazme sumergirme en tus pensamientos, que no quiero más de los míos; que me ha bastado. Prefiero estar en tu interior, a salvo.

Y me abrazas, y se calma la tormenta; y sé que no durará mucho tiempo, así que trato de respirar con todas mis fuerzas, como tratando de retener el momento, como para almacenar tu olor en algún lugar recóndito de mis adentros. Y sonrío, y no me acordaba de que todavía era posible hacerlo.